

al recibirlos les dirigió las siguientes palabras que creemos dignas de dejar consignadas en estas páginas: «Vuestra visita, honorables señores, y las expresiones de cordial satisfacción por mi presencia entre vosotros, me hacen sentir el mas sincero regocijo. Á esto añado la expresion de mi reconocimiento, teniéndome por muy dichoso en poderos asegurar que S. M., mi sublime señor y monarca, el sultan Abdul-Medjid-Khan, siendo tan benévolo amigo de todas las potencias cristianas, era muy natural que desease manifestar á Vuestro Santísimo Padre, el papa Pio IX, los mismos sentimientos de amistad y benevolencia; y esto es á lo que su deseo imperial y su augusta voluntad me autorizan para hacer esta pública declaracion. Tales disposiciones hacen resaltar desde luego las sublimes cualidades de bondad y de generosidad que á S. A. han transmitido sus abuelos; así como la conducta tan gloriosa, tan generalmente aplaudida, y tan eficazmente sostenida por los hechos desde el primer dia de la exaltacion del Papa hasta el presente. Un acontecimiento, del que no habia habido ejemplar, y que no puede dejar de producir á ambos Estados las mas útiles consecuencias, acaba de dar una nueva y evidente prueba de la consideracion y de los respetos que mi sublime monarca tiene, no solo á todas las potencias cristianas, sino tambien á los habitantes y súbditos cristianos del imperio otomano, pues á nadie le es posible dudar de la justicia y del favor imperial de que ellos gozan en sus Estados. Despues de la gracia de Dios, el favor imperial es á quien yo jamás cesaré de bendecir, y á quien me consideraré deudor de la eleccion que en su imperial clemencia ha hecho de mi persona para desempeñar las elevadas misiones de que se me ha encargado.»

Hemos visto, por las postreras palabras dirigidas por Pio IX al embajador otomano, que supo aprovechar esta oportunísima ocasion para abogar en favor de los católicos residentes en los vastos dominios del Sultan de Constantinopla, procurando que se mejorase su situacion religiosa. Á todas partes alcanza el celo del augusto Pontífice.

La recepcion del nuncio Mons. Ferrieri por el Sultan estuvo rodeada de la mayor solemnidad y esplendor. Una carta de Constantinopla escrita por persona merecedora de toda fe daba cuenta de este extraordinario acontecimiento de la manera siguiente:

«El embajador de Su Santidad se ha sustraído ya, digámoslo así, algunas veces á los cumplimientos y felicitaciones para ocuparse de los negocios de los cristianos de Levante. Aun antes de su presentacion al Sultan, ha tenido largas conferencias con el reiss-Effendi, Alí-Bajá. Fácil es adivinar cuál será el objeto de estas conferencias, porque es bien conocido el motivo especial de la mision apostólica. Es de esperar que los maronitas, esos franceses del Líbano, escucharán con mas gusto y confianza y reportarán mas fruto de algunas palabras de Monseñor que de las investigaciones de Lallemand y de Bore, y sobre todo de la agitacion de que Mr. Bourquenay pretende hacer alarde para aparentar que hace algo por los cristianos de Siria, cuando en realidad nada hace. Todas las sectas cristianas de Levante, que son muy numerosas, están acordes en rendir homenaje á Pio IX en la persona de su representante. Los arzobispos armenios de Diarbekir, de Alejandría, de Esmirna; los patriarcas griegos, todos se apresuran á felicitar al Nuncio. Aun el rabino de los judíos, Khakhan-Bachi, ha ido tambien á cumplimentarle por las mejoras concedidas en Roma á sus correligionarios.»

«Llegaba entre tanto el dia señalado para la presentacion del Nuncio al Sultan, y este envió desde la víspera un magnífico carruaje del que se sirvió para bajar á Top-Hané, donde se embarcó en el buque sardo *Tripoli* que le transportó á Tcheragan.

«El dia 1.º del corriente fue, pues, recibido Mons. Ferrieri en audiencia particular por el Sultan, quien le recibió, así como á todas las personas de su comitiva, con las mayores muestras de benevolencia y cortesania. Kiamil-Bey, introductor de embajadores, condujo á Monseñor á la sala del trono por medio de las filas de guardias y de todos los dependientes de palacio. Los regalos que el Santo Padre envia al Sultan fueron llevados dos dias antes al palacio imperial por el conde Marchetti, agregado á la embajada pontificia, y entregados al primer secretario del Sultan, Chefik-Bey. Consisten en una columna Trajana de bronce dorado, de unos tres piés y medio de altura, con el pedestal y estatua de san Pablo de oro macizo; una mesa de mosaico para desayunarse; muchos cuadros escogidos, y veinte y una medallas de oro y plata, particularmente todas las que han sido acuñadas desde el advenimiento de Pio IX al trono pontificio.

«En el momento de presentar sus credenciales el Embajador romano, un buque sardo, el *Tripoli*, que estaba anclado delante del palacio Tcheragan, enarboló los pabellones romano y turco saludándolos con una salva de veinte y un cañonazos que fueron correspondidos por las baterías de tierra.

«Mons. Ferrieri dirigió al Sultan las siguientes palabras:

«Señor: Las felicitaciones que V. M. I. dirigió al soberano pontífice Pio IX, mi augusto amo, con motivo de su advenimiento al trono pontificio, produjeron en el magnánimo corazón de Su Santidad los mas vivos sentimientos de gratitud. No satisfecho aun con haberlo manifestado así á vuestro embajador Chekid-Effendi, y encargándole diese á V. M. I. las mas expresivas gracias, ha tenido á bien confiarme el alto honor de aseguraros de la manera mas solemne el vivo gozo que le causaron las mencionadas manifestaciones. Mejor que yo puedo hacerlo, os manifiesta el Santo Padre sus sentimientos en la carta que he tenido el honor de poner en manos de V. M. I. Asociándoos al gozo general que el advenimiento del gran Pio IX ha causado, habeis dado una completa prueba de las notables cualidades que os adornan y de los generosos y nobles sentimientos de vuestro corazón. Tengo el honor de asegurar á V. M. I. que el Santo Padre no ha hecho mas que seguir el impulso de su magnánimo corazón, en apreciar este acto de preveniente cortesania, y de que siempre conservará el mas grato recuerdo. Las relaciones amistosas entre los dos Gobiernos redundarán indudablemente en loor de los Soberanos y en beneficio de los respectivos súbditos. Su Santidad, agradecido á las ofertas de amistad de V. M. I., le presenta hoy las suyas con la mayor sinceridad, prenda segura de la consolidacion y aumento de los vínculos tan felizmente contraídos. Los beneficios del reinado de V. M. para con todos sus súbditos, sean de la clase que quieran, y las seguridades que V. M. ha tenido á bien dar, han hecho concebir las mas gratas esperanzas al Santo Padre. Al abrigo de vuestra bondad tutelar y de vuestra soberana proteccion, los súbditos católicos de vuestro poderoso imperio, hijos espirituales del Santo Padre, bendecirán mas y mas la dulzura y humanidad de vuestro corazón, y con todo el mundo admirarán la nobleza y elevacion de vuestro carácter. Por lo que á mí toca, me contemplaría feliz si

«pudiera merecer la benevolencia de un soberano tan justamente llamado á altos destinos.»

«Á este discurso contestó el Sultan traduciendo el ministro de Negocios extranjeros esta respuesta al Embajador en los términos siguientes :

«El advenimiento de Su Santidad al trono pontificio causó universal alegría, y para probar la parte que en ella tomaba S. M. el Sultan, encargó á Chekid-Effendi de una mision cerca de la Santa Sede. S. M. I. ha tenido un singular placer al oír los sentimientos que de parte de Su Santidad le habeis manifestado. Los esfuerzos que ambos Soberanos hacen para mejorar la suerte de sus súbditos establecen leyes de amistad y de simpatía. S. M. I. se contempla feliz en que estas relaciones amistosas se establezcan durante su reinado, y asimismo se complace en que una mision tan importante haya sido confiada á un hombre de vuestro mérito, pues no duda sabréis desempeñarla del modo mas honroso.»

«Terminada la audiencia el Sultan mandó á sus secretarios y á su primer chambelan Hamid-Bey enseñasen al Nuncio y á su comitiva todo el palacio. En aquel mismo dia dió el Embajador francés, en honor del de Su Santidad, un banquete diplomático al que fue convidada toda la embajada pontificia, el patriarca armenio católico, el arzobispo de Petra, el ministro de Negocios extranjeros, el embajador de Persia, Mirza Mehemet-Ali-Khan, y todos los representantes de las potencias y jefes de legacion. El dia 7 daba otro banquete diplomático el internuncio de Austria en obsequio de Monseñor, el cual está tambien convidado para el miércoles en casa del ministro de Negocios extranjeros con todos los individuos del Gabinete otomano y todos los jefes de la mision. El dia 5 fué Monseñor á ver al visir y al ministro de Negocios extranjeros, y de parte de Su Santidad entregó al primero el retrato del Santo Padre guarnecido de piedras preciosas, de modo que formaba una hermosa condecoracion, y al segundo una caja de tabaco adornada de brillantes. Despues de los banquetes y brindis, y discursos de aparato entrarán las negociaciones serias.»

Agregados á esta embajada iban en calidad de secretarios los RR. Vespasiani y Capoi; como intérprete el antes citado P. Arsenio, oriundo de Constantinopla, que hacia muchos años residia en Roma, y además como simples agregados un hijo del conde Marchetti y un sobrino del cardenal Ferretti. El Papa esperaba que esta embajada diese por resultado alcanzar una proteccion mas decidida para los pobres maronitas del Líbano, siendo favorable á todos los católicos de Oriente.

No satisfecho con esto el celo extraordinario de Pio IX, dirigió con fecha 6 de enero de 1848 letras apostólicas á los cristianos de Oriente, llenas de saludables consejos y de purísima doctrina. Empieza manifestando el amor que profesa á las naciones cristianas de aquella parte del mundo, sea cual fuere su rito, por ser muchas las razones por que reclaman una solicitud del todo particular. «El Oriente, dice, es donde el Evangelio de luz y de paz fue primeramente predicado por el mismo divino Salvador y por sus discípulos, donde florecieron numerosas iglesias ilustres por el nombre de los Apóstoles que las fecundaron. Durante la sucesion de los tiempos, y en un largo periodo de siglos, han salido del seno de las naciones orientales obispos y mártires famosos y multitud de otros personajes célebres por su santidad y por su doctrina; el universo entero canta la gloria de Ignacio de Antioquia, de Po-

licarpo de Esmirna, de los tres Gregorios de Neocesarea, de Nisa y Nazianceno, de Atanasio de Alejandria, de Basilio de Cesarea, de Juan Crisóstomo, de los dos Cirilos de Jerusalem y de Alejandria, de Gregorio el Armenio, de Efen de Siria, de Juan Damasceno, de Cirilo y Metodio, apóstoles de los eslavos, sin hablar de tantos otros, casi innumerables, que derramaron tambien su sangre por JESUCRISTO, ó que, por sus sábios escritos y sus obras de santidad, se han adquirido un nombre inmortal.» Despues de recordar el Sumo Pontífice estas verdaderas glorias de la Iglesia universal que resplandecieron en el Oriente, recuerda que allí se reunieron los primeros concilios ecuménicos que tuvieron por objeto defender la fe de JESUCRISTO contra los ataques de los herejes. «Otra de las glorias del Oriente es el recuerdo de esas numerosas asambleas de obispos, y especialmente de los primeros concilios ecuménicos que fueron allí celebrados, y en los que, bajo la presidencia del romano Pontífice, fue defendida la fe católica contra los novadores de aquella época, y confirmada con fallos solemnes.» Y no deja de tener palabras de alabanza para los que fuertes en la fe han sabido permanecer fijos en el buen camino á pesar de los elementos contrarios de que se veian rodeados. «En suma, tambien en estos últimos tiempos, desde que una parte, ¡ay! asaz numerosa, de los cristianos del Oriente, se han separado de la comunión de esta Santa Sede, y por consiguiente de la unidad de la Iglesia católica; desde que esas comarcas han sucumbido á la dominacion de pueblos extraños á la religion cristiana, se han encontrado en él muchos hombres que, con el auxilio de la divina gracia, han dado pruebas, en medio de todas las calamidades y de peligros sin cesar renovados, de una firmeza inquebrantable en la verdadera fe y en la unidad católica.» Tambien tiene merecidos elogios para los patriarcas, arzobispos y obispos que habian hecho los mayores esfuerzos para mantener á sus rebaños al abrigo en la profesion de la verdad católica, cuidados que dieron por resultado el que despues de la tempestad se ha vuelto á encontrar en aquellos lugares desolados un considerable rebaño.

Dirigiéndose á los pastores y á todos los fieles, les habla de la manera siguiente: «Á vosotros, pues, en primer lugar, se dirigen nuestras palabras, venerables hermanos é hijos muy queridos, obispos católicos, y á vosotros, eclesiásticos de toda clase, y á vosotros, seglares, que habeis perseverado inquebrantables en la fe y comunión de esta Santa Sede, ó que, no menos dignos de alabanza, habeis vuelto á ellas despues de haber reconocido el error. Si bien nos hemos ya apresurado á contestar á varios de vosotros, cuyas cartas de felicitacion Nos hemos recibido por nuestra elevacion al soberano pontificado, y si bien con nuestra carta encíclica del 9 de noviembre de 1846, Nos hemos hablado á todos los obispos del universo católico, debemos daros una seguridad mas especial del ardiente amor que Nos os profesamos y de nuestra solicitud por todo cuanto os corresponda. Se nos presenta una ocasion favorable de atestiguaros esos sentimientos en el momento en que nuestro venerable hermano Inocencio, arzobispo de Saida, es enviado por Nos, en calidad de embajador cerca de la Sublime Puerta, para cumplimentar de nuestra parte al muy poderoso Emperador de los turcos y darle gracias por la atenta embajada que primero nos ha enviado él. Nos hemos mandado terminantemente á ese venerable hermano que recomiende encarecidamente á ese Emperador vuestras personas y vuestros intereses, y los de la Iglesia católica en toda la extension del vasto imperio otomano. No

dudamos que ese Emperador, que ha dado ya pruebas de su benevolencia hacia vosotros, os sea cada día mas y mas favorable, é impida que, entre sus súbditos, nadie tenga que sufrir por la religion cristiana. El Arzobispo de Saida dará á conocer mejor aun nuestro amor para vosotros á los obispos y primados de vuestras respectivas naciones á quienes pueda hablar en Constantinopla; antes de regresar hacia Nos, recorrerá, segun se lo permitan el tiempo y las circunstancias, ciertos lugares del Oriente, para visitar de nuestra parte, como se lo hemos ordenado, las iglesias católicas establecidas en esas comarcas, y llevar los testimonios de nuestro cariño y palabras de consuelo en medio de sus penas á aquellos de nuestros venerables hermanos y de nuestros muy queridos hijos que allí encontrarán.

«El mismo Arzobispo os entregará y cuidará de dar á conocer todas estas Letras, que Nos os dirigimos como un testimonio de nuestro amor hacia vuestras comarcas católicas. Y como, entre otras cosas, se nos ha dicho que, en el régimen eclesiástico de vuestras comarcas, ciertos puntos, por la fatalidad de los tiempos pasados, permanecen ó inciertos ó reglamentados de un modo que no convendría, Nos nos dedicaremos con gozo, en virtud de nuestra autoridad apostólica, á que todo en adelante esté dispuesto y ordenado conforme á las reglas de los sagrados cánones y las tradiciones de los santos Padres. Mantendremos intactas vuestras liturgias católicas particulares; porque las tenemos en mucha estima, aunque difieren en algunas cosas de la liturgia latina. Nuestros predecesores las tuvieron siempre en mucho aprecio por causa de la venerable antigüedad de su origen, de los idiomas empleados por los Apóstoles y los Padres, en los que están escritas, y finalmente por la magnificencia de sus ritos, muy á propósito para inflamar la piedad de los fieles é imprimir el respeto por los divinos misterios.»

Para atestiguarles los sentimientos de la Sede apostólica les recuerda los diversos decretos y constituciones expedidos por los romanos Pontífices para la conservacion de las liturgias orientales, y llama la atencion hacia la congregacion de cardenales de la S. I. R., de cuyos trabajos se ayuda para velar mejor por sus asuntos religiosos; congregacion que toma su nombre del fin para el cual fue establecida: *A propaganda fide*.

Queriendo dirigirse muy especialmente á los que por su ministerio están encargados de la direccion de los asuntos religiosos, continúa hablando de la manera siguiente: «Lo que acabamos de decir se dirige á todos nuestros hijos del Oriente; pero nuestras palabras se encaminan ahora, de un modo muy particular, á vosotros todos los que teneis autoridad sobre los demás, y cualquiera que sea vuestra dignidad, ó venerables hermanos, obispos de los católicos de esos países. Que esta exhortacion os sirva de estímulo que excite aun vuestro celo y el de vuestro clero. Nos os exhortamos, pues, en el Señor nuestro Dios, á que vigileis llenos de confianza en la ayuda del cielo, y con ardor todavía mas grande para la guarda de vuestro querido rebaño, á que seais continuamente su luz con la palabra y el ejemplo, á fin de que camine dignamente segun la voluntad de Dios, y produzca los frutos de toda clase de obras buenas. Que los sacerdotes que están á vuestras órdenes se consagren completamente á los mismos cuidados; instad sobre todo á los que tienen á su cargo cura de almas, para que deseen de todo corazon el decoro de la casa de Dios, que exciten la piedad del pueblo, que administren santamente las cosas santas, y que, sin olvidar sus demás deberes, pongan su atencion en instruir los

niños en los elementos de la doctrina cristiana, y distribuyendo á los demás fieles el pan de la divina palabra segun la capacidad de cada uno. Ellos deben y vosotros debeis tambien desplegar la mayor vigilancia, para que todos los fieles sean celosos por conservar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz, dando gracias al Señor de las luces y al Padre de las misericordias, de que se haya dignado permitir, por un efecto de su gracia, en medio de un trastorno tan grande de todas las cosas, que hayan permanecido firmes en la comunión católica de la única Iglesia de JESUCRISTO, ó que hayan vuelto á entrar en ella, mientras que un número tan crecido de sus compatriotas andan aun errantes fuera del único redil de JESUCRISTO, abandonado por sus padres desde tanto tiempo acá.

«Despues de haberos hablado de este modo, no podemos menos de dirigir palabras de caridad y paz á esos orientales que, aunque gloriándose con el nombre de cristianos, se mantienen apartados de la comunión de la Silla de Pedro. La caridad de JESUCRISTO nos insta, y siguiendo sus avisos y ejemplos corremos en pos de las ovejas descarriadas por sendas arduas é intrasitables, esforzándonos en prestar ayuda á su debilidad, para que finalmente vuelvan á entrar en el redil del rebaño del Señor... Acordaos del símbolo de la fe, en el cual confesais con nosotros: creer la *Iglesia, una, santa, católica y apostólica*; y ved si es posible encontrar esa unidad de la Iglesia católica, santa y apostólica en el seno de semejante division de vuestras iglesias, cuando rehusais reconocerla en la comunión de la Iglesia romana, bajo cuya autoridad están unidas un tan gran número de iglesias, y lo estuvieron siempre en todas partes del mundo. Y para comprender exactamente ese carácter de la dignidad que debe distinguir la Iglesia católica, medita esta oracion continuada en el Evangelio de san Juan, con la que el CRISTO, Hijo único de Dios, ruega á su Padre por sus discípulos: «Padre santo, guarda en tu nombre á estos que tú me has dado: á fin de que sean una misma cosa, así como nosotros lo somos;» é inmediatamente añade: «Mas no ruego solamente por ellos, sino tambien por aquellos que han de creer en mí por medio de su predicacion: que sean todos una misma cosa; y que, como tú, ó Padre, estás en mí y yo en tí, así sean ellos una misma cosa en nosotros: para que crea el mundo que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean una misma cosa, como lo somos nosotros. Yo estoy en ellos y tú estás en mí, á fin de que sean consumados en la unidad: y conozca el mundo que tú me has enviado, y que los has amado como á mí me amaste...» Nos sabemos que todos vosotros estais dispuestos á conservar la doctrina que conservaron vuestros antecesores. Seguid, pues, los antiguos obispos y los antiguos cristianos de todos los países del Oriente; innumerables monumentos atestiguan que, de acuerdo con los orientales, respetaban ellos la autoridad de los romanos Pontífices. Entre los documentos mas notables que sobre este particular ha dejado el antiguo Oriente, nos complacemos en recordar lo que sucedió en el siglo IV en la causa de Atanasio, obispo de Alejandría, no menos ilustre por su santidad que por su doctrina y su celo pastoral. Condenado injustamente por algunos obispos del Oriente, sobre todo en el concilio celebrado en Tiro, y expulsado de su iglesia, vino á Roma, donde vinieron tambien otros obispos de los países orientales, como él injustamente despojados de sus sillas. El Obispo de Roma (era Julio, nuestro predecesor), habiendo examinado la causa de cada uno de ellos, y encontrándolos fieles á la doctrina de la fe de Nicea,

de acuerdo en un todo con él, les recibió en su comunión. Y porque, á causa de la dignidad de su silla, le correspondía cuidar de todos, devolvió su iglesia á cada uno de esos obispos. Escribió también á los obispos de Oriente, reprendiéndoles porque no habian juzgado segun la justicia en la causa de esos obispos, y porque turbaron la paz de las iglesias.

«Al comenzar el siglo V, Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla, no menos ilustre que Atanasio, condenado en Calcedonia en un concilio por una injusticia, acudió con sus cartas y sus enviados á nuestra Silla apostólica, y fue declarado inocente por nuestro predecesor Inocencio I.

«El concilio de Calcedonia, celebrado en 451, es otro y célebre monumento de la veneracion de nuestros antepasados á la autoridad de los romanos Pontífices. Los seiscientos obispos que lo componian, con todos los del Oriente (salvo raras excepciones), despues de haber oido, en la segunda sesion, la lectura de unas letras del pontífice romano san Leon el Grande, exclamaron todos unánimemente: *Pedro ha hablado por boca de Leon*. Y la asamblea que presidian los legados pontificios habiéndose luego disuelto, los Padres del Concilio, en la relacion de los hechos que enviaron á san Leon, afirman que él mismo, en la persona de sus legados, habia mandado á los obispos reunidos, *como la cabeza á los miembros*.

«Y no son únicamente las actas del concilio de Calcedonia, sino tambien las de todos los demás antiguos concilios del Oriente, que Nos podríamos alegar, y con las cuales es constante que los romanos Pontífices han tenido siempre el primer lugar en los concilios, especialmente en los ecuménicos, y que ha sido invocada su autoridad antes de la celebracion de los concilios y despues de su disolucion. Por lo demás, fuera de los concilios, tenemos innumerables pasajes de los escritos de los Padres y de los antiguos autores del Oriente, así como muchas actas de su historia, con las que es evidente que la autoridad suprema de los romanos pontífices ha estado siempre en vigor en todo el Oriente, del tiempo de nuestros antecesores. Seria, empero, demasiado prolijo citar aquí todos esos testimonios; los que Nos hemos indicado bastan, por otra parte, para demostrar la verdad. Nos nos contentaremos, pues, con recordar cómo en el mismo tiempo de los Apóstoles se portaron los fieles de Corinto con motivo de las discusiones que habian tan gravemente perturbado su Iglesia. Los corintios se dirigieron á san Clemente, quien pocos años despues de la muerte de Pedro habia sido consagrado obispo de la Iglesia romana; ellos le escribieron á ese objeto, y encargaron á Fortunato que le llevase las cartas. Clemente, despues de haber examinado con madurez el asunto, encargó al mismo Fortunato, al cual agregó sus propios enviados, Claudio Ephebo y Valerio Vito, el llevar á Corinto esa hermosa carta del santo Obispo de la Iglesia romana, á la que los corintios y todos los demás orientales daban tanto precio, que en los siglos sucesivos se leia públicamente en muchas iglesias.»

Pio IX termina exhortándoles con las mas vivas palabras á volver sin tardanza á la verdadera Iglesia y á la comunión de la Santa Sede, por lo que, dice, no cesa de dirigir sus súplicas al Dios de las misericordias, Padre de las luces, por su único Hijo, nuestro Redentor, invocando la proteccion de la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, y de los santos Apóstoles, de los Mártires, de los Padres, que con su predicacion, su sangre, sus virtudes y sus escritos han conservado y propagado en el Oriente la verdadera religion

de JESUCRISTO, pues que su mayor consuelo seria ver restablecida la unidad católica entre los cristianos de Oriente, y encontrar en esta unidad una nueva causa para propagar mas y mas la verdadera fe de JESUCRISTO entre las naciones infieles.

En tanto que Su Santidad atendia de esta suerte y en cumplimiento de su sublime ministerio como Pastor universal de todo el rebaño de JESUCRISTO, se veia precisado á apurar la copa de amargura que acercaban á sus augustos labios aquellos ingratos súbditos, á quienes habia abierto las puertas de sus prisiones concediéndoles su ansiada libertad. Luego que terminemos la reseña que venimos haciendo de los asuntos que dicen orden á la Religion, historiarémos la revolucion de Roma, y verémos á Pio IX subir las gradas del Calvario empujado por aquellos mismos á quienes dispensara los mayores beneficios.

Á través de tantos sinsabores encontraba el santo Pontífice grandes motivos de consuelo al ver que la causa del Catolicismo alcanzaba visibles triunfos en diversas partes. La vuelta al redil de una oveja descarriada recompensaba en cierta manera la amargura que le producía la ingratitud de sus súbditos extraviados. Entre otras conversiones notables que pudiéramos citar, ocupa un lugar preferente la del obispo siriano de Orfa en Mesopotamia, que participa al Papa haber tenido la dicha de abrir sus ojos á la luz de la verdad católica, en una expresiva carta escrita en idioma árabe, y que traducida al español dice así:

«El nombre del Señor os guarde, y ensalce la autoridad pontificia del bienaventurado Señor, sumo superior de todos los superiores, reinante sobre la silla de san Pedro, nuestro Santísimo Padre Papa Pio IX, cuya oracion sea con nosotros.

«Al que descansa sobre la cátedra pontificia el sumo de los sacerdotes, en cuyas manos están las llaves del reino de los cielos por virtud de las palabras del Eterno.

«Beso los piés de vuestra Suma Santidad, á quien Dios aumente su grandeza, y se digne aumentar su preciosa vida. Amen. Con todo respeto y sumision vuelvo á besar los piés, y reverencio profundamente al elegido del Altísimo, sobre quien descendió el Espíritu Santo, á quien el Señor magnificó en las cuatro partes del mundo, y cuya fama y santidad está esparcida por todo el universo.

«Yo, el menor de vuestros siervos, me llevo á la presencia de mi señor Sumo Pontífice, verdadero Vicario de JESUCRISTO y Padre universal de todos los creyentes; y confiado que no desecharéis á quien envidia la virtud de vuestra Suma Santidad, vengo á manifestar á mi señor que, habiendo yo pasado mis dias sumergido en las tinieblas, y separado del seno de mi dulce, piadosa y verdadera madre la santa Iglesia católica romana, fuera de la cual nadie puede salvarse, descarriado por los tetricos caminos del error, confundido entre la multitud de los que yacen bajo la dura esclavitud del príncipe del averno; finalmente, el Padre de las luces por su misericordia é inefable bondad se dignará ilustrar mi espíritu y fortificar mi corazon con su divina gracia, la cual, sacándome del batarro donde yacia y de las tinieblas á la luz, me condujo á la santa fe católica. Gracias sempiternas sean dadas al Altísimo por tan grande beneficio. Los instrumentos de que Nuestro Señor JESUCRISTO, por la abundancia de su grande amor para con vuestros humildes siervos, se